

desdecía del honor y lealtad de la política francesa. Cierta que la reina regente excitó á estos príncipes para que llegaran á un arreglo, diciéndoles que pronto se vería obligada á licenciar á una parte de sus tropas; cierto también que en vez del protestante duque de Bouillon puso al frente del ejército francés á un católico tan acérrimo como el mariscal de la Chastre; mas al fin y al cabo dejóse convencer por el conde palatino Juan de Zweibrücken, que había sido enviado á París por el Palatinado electoral y por el Wurtemberg, y dió al mariscal la orden de marchar sobre Juliers. A pesar de ello, era evidente que mas pronto ó mas tarde la Union y los príncipes poseedores se verían reducidos á sus propias fuerzas. Con Enrique IV habían perdido su protector mas poderoso y su mas firme apoyo.

Desde el momento en que los protestantes lograron en lo fundamental mantenerse firmes, quedó demostrada una vez mas la absoluta impotencia de la política imperial, que se contentaba con escribir protestas y promulgar edictos. Precisamente en los momentos en que Francia y la Union terminaban sus preparativos militares, de modo que las tropas de Enrique IV, las de los *unidos* y las de los Países Bajos se apercebían á marchar hácia Juliers, y en que el margrave de Ansbach acampaba en Wurzburg y Bamberg, celebrábase en Praga un congreso de príncipes que, como veremos, se ocupaba en primer término en promover una reconciliación entre el emperador Rodolfo y su hermano Matías; y aunque en él se habló de la cuestión de Juliers, se trató de ella incidentalmente y sin adoptar medidas enérgicas. Los congregados en Praga apenas parecían enterados de los vastos planes de Enrique IV y seguían creyendo que, en lo esencial, todo dependía de la resolución del emperador: por esto Cristian II de Sajonia mostraba especial empeño en que Rodolfo le diera en feudo toda la herencia. El único que, hasta cierto punto, comprendía el peligro era el elector de Colonia; pero hasta este se limitó á proponer que el emperador adoptara las medidas necesarias para un desarme general y para el arreglo amistoso de la cuestión, á cuyo efecto se enviarían embajadas á Enrique IV y á los poseedores. La poca impresión que en Praga produjo la noticia del asesinato de Enrique IV, recibida el día 25 de mayo, á pesar de que este hecho de importancia decisiva era una verdadera suerte para el emperador, demuestra lo ignorantes que allí estaban de la verdadera magnitud del peligro que entrañaba la guerra. Ni con este cambio de situación para él tan favorable ocurriósele á Rodolfo intervenir por su propio impulso en el asunto que tantas complicaciones estaba produciendo: por el contrario, se persistió en la idea de enviar á Francia una embajada cuya única misión consistía en hacer al nuevo gobierno las mismas proposiciones que al anterior se formularan, es decir, pedir que Francia y los poseedores depusieran las armas á cambio de la promesa de que el emperador en nada modificaría el *statu quo* existente. A pesar de esta promesa, Rodolfo resolvió á los pocos días (7 de julio) conceder á Cristian de Sajonia la solicitada investidura con toda la herencia de Juliers y publicar contra la Union un edicto violento que, como era natural, no produjo impresión alguna.

No obstante la muerte de Enrique IV, parecía inevitable la guerra, que entonces habría sido principalmente entre las dos confederaciones alemanas, la Union y la Liga. Mientras los poseedores y las tropas de la Union ocupaban los territorios de Juliers, haciendo cada vez mas peligrosa la situación del archiduque Leopoldo, que permanecía aislado en la plaza de aquel nombre, la Liga resolvió prepararse para la lucha, y en una asamblea celebrada en Munich en 22 de agosto de 1610 se adoptó el acuerdo de alistar á costa de todos un ejército de 15.000 infantes y 4.000 jinetes que se pondría

al mando del feldmariscal Juan de Tserclaes de Tilly. Pero la Union no tenía interés alguno en sostener una guerra contra la Liga, desde el momento en que había conseguido su principal objeto con la ocupación de Juliers, tanto mas cuanto que hasta la plaza de este nombre había caído en su poder en setiembre de 1610, viéndose el archiduque Leopoldo obligado á huir de aquel territorio. Por esto se manifestó dispuesta á abandonar toda idea de guerra y á dejar que los poseedores continuaran entendiendo solos en todo cuanto á la cuestión de Juliers se refería, á condición, sin embargo, de que la Liga se abstendría también de toda intervención militar en esta contienda de sucesión. Sobre esta base puramente negativa firmóse en 24 de octubre de 1610 otro tratado entre la Union y la Liga, obligándose á proceder ambas á un desarme. Los príncipes poseedores quedaban, pues, para lo sucesivo reducidos á sus propias fuerzas y permanecían en posesión indiscutida de los territorios de Juliers, aunque sin ponerse previamente de acuerdo entre sí respecto del reparto definitivo de la herencia, única cosa que hubiera podido evitar ulteriores contiendas. De modo que la suerte futura de aquel desdichado territorio, víctima durante los disturbios de los últimos meses de las depredaciones de las tropas de uno y otro bando, que llevaron hasta el Mark sus correrías, continuó sujeta á la misma incertidumbre. Las dos partes combatientes se contentaron con haber evitado una vez mas que estallara una nueva guerra sobre lo que constituía el fondo de la cuestión.

CÍNESE MATÍAS LA CORONA IMPERIAL

Si el emperador Rodolfo no había intervenido de una manera enérgica en la cuestión de la sucesión de Juliers y si nada hizo para que produjera los debidos efectos el edicto decretado en 21 de junio de 1610 contra la Union, la causa principal de ello estuvo en que el tratado de Liebenberg de 1608 no había resuelto definitivamente el conflicto existente de antiguo entre él y su hermano Matías, sino que simplemente le había dado una solución provisional. Precisamente cuando ocurrían los trascendentales acontecimientos de Juliers se manifestó tan clara y violenta la tirantez entre ambos hermanos, que Rodolfo se mostró dispuesto á aproximarse á la Union contra la que había publicado aquel violento edicto, y en octubre de 1610 hizo decir indirectamente á los *unidos* «que no quería hacer nada que disgustara á la Union.»

Para comprender esa situación en que las cosas se encontraban es preciso tener presente el curso de los acontecimientos en los territorios hereditarios imperiales desde la publicación de la carta de majestad.

Ya hemos dicho que el archiduque Leopoldo no estaba en modo alguno conforme con el otorgamiento de esta carta y que por todos los medios procuraba atraerse al emperador á sus amplios planes de restauración. Rodolfo, por su parte, estaba mas que dispuesto á prohijarlos, conviniéndole ante todo recuperar los territorios que había cedido á Matías; así es que en 11 de julio de 1609, es decir, dos días después de haber otorgado la carta de majestad, firmó con Leopoldo una estrecha alianza cuyas funestas consecuencias harto patentes se hicieron un año y medio después en la irrupción de las tropas de Passau.

Los efectos de esta nueva actitud del emperador solo se dejaron sentir en un principio en sus relaciones con los *Estados* bohemios, que naturalmente mostraban cada día mayor desconfianza por la política de dudas y contradicciones del emperador. Abierta nuevamente la dieta bohemia en 21 de julio de 1609, los *Estados*, antes de que se entrara á dis-

cutir la proposición, pidieron que fuese destituido el canciller Lobkowitz, á quien atribuían una influencia decisiva sobre el emperador y á quien además acusaban de venal, y exigieron la ratificación de la alianza que en junio habían concertado con los silesianos. A ambas cosas se negó el emperador, por lo cual parecía inevitable un nuevo y gravísimo conflicto que no llegó á producirse por haber hecho Rodolfo algunas concesiones. Estas fueron, por un lado, la publicación del decreto de amnistía (6 de octubre de 1609) pedido por los *Estados*, que declaraba leal la conducta hasta entonces seguida por estos y prohibía toda ulterior investigación sobre el asunto, y por otro conceder también á los silesianos una carta de majestad que se hizo extensiva á la Lusacia, al condado de Glatz y al círculo de Eger y que concedía á los habitantes de estos territorios la libertad de profesar la confesión de Augsburgo.

Dos razones habían inducido al emperador á adoptar esa actitud prudente y mesurada que, en realidad, era para él una verdadera necesidad en aquellos momentos: una, que el archiduque Leopoldo había marchado en el entretanto á Juliers y no ejercía, por ende, su pernicioso influencia sobre Rodolfo, y otra, el deseo de permanecer, por lo menos temporalmente, en buenas relaciones con los *Estados* bohemios hasta tanto que le fuera dado recuperar los territorios hereditarios cedidos á Matías, pues en medio del caos de planes contradictorios que bullían en la mente enferma del emperador, esa reconquista de lo perdido era el único punto fijo que jamás perdía de vista y para cuyo logro apeló á los más extremos recursos.

Precisamente entonces se le ofrecía una posibilidad de recobrar una parte de los territorios hereditarios cedidos á Matías, porque este no solo no había conseguido satisfacer por completo con su gobierno á aquellos países que Rodolfo le otorgara y que por la fuerza de las armas le habían proclamado soberano, sino que, al contrario, aun antes de que le prestaran homenaje después de su victoria alcanzada sobre el emperador, habían surgido graves contiendas entre él y los *Estados* austriacos especialmente, y á decir verdad de antemano podía presumirse que necesariamente así había de suceder. Los territorios hereditarios, indignados por el mal gobierno de Rodolfo, se alzaron contra este y se arrojaron en brazos de Matías, pero no para someterse voluntariamente, sino con la esperanza de obtener de él la reparación de todos sus agravios políticos y religiosos. Así es que en cuanto Matías, que, como hemos visto, obraba influido por la gente eminentemente católica que le rodeaba, titubeó en acceder á los deseos de los *Estados* protestantes, estos le hicieron una oposición tan ruda como antes se la habían hecho á Rodolfo. En el otoño de 1608 y á principios de 1609 ocurrió el grave conflicto entre Matías y los *Estados* austriacos, que habían promovido una secesión de Viena á Horn (y de aquí el nombre de «desórdenes de Horn»), el cual pudo quedar zanjado una vez mas merced á las activas gestiones que, dando gran prueba de abnegación, hizo el valiente capitán de provincia moravo, Zierotin, puesto que Matías, en el compromiso de 19 de marzo de 1609, accedía á las principales pretensiones de los *Estados*, especialmente la libertad religiosa que se concedía también á las ciudades. Esta resolución de Matías había puesto tan fuera de sí á sus súbditos católicos, y sobre todo á Klesel, el mas influyente de sus consejeros, que este lanzó sobre él la censura eclesiástica y aparentó durante algún tiempo querer negarle toda cooperación en el gobierno. Entonces ejercieron por corto tiempo influencia decisiva sobre Matías los adversarios de Klesel, Lichtenstein, Breuner y Harrach, pero al fin volvió á ser aquel el favorito y Matías, impulsado por él, entró por la

senda del mas severo catolicismo. La resolución de 19 de marzo no fué publicada y la concesión de la libertad religiosa á las ciudades quedó en suspenso, á consecuencia de lo cual surgieron durante el otoño de 1609 nuevas y graves disensiones entre Matías y sus *Estados*. Los protestantes, en quienes había infundido gran confianza en sí mismos la promesa de apoyo que les hicieron los príncipes de la Union, se mostraron inclinados á unirse otra vez con Rodolfo, pues opinaban que no habiendo ganado nada con separarse del emperador, debían someterse nuevamente á este. No sin grandes trabajos pudo contenerles Zierotin, que volvió á encargarse del papel de mediador entre Matías y los *Estados*. El odio de los protestantes recaía principalmente sobre Klesel, á quien en primer término se atribuían con razón las tendencias catolizadoras que predominaban en la corte de Matías, y para contrarrestarlas creyó Zierotin, en vista de que Matías se mantenía inflexible y no quería consentir en que se publicara la resolución de 19 de marzo de 1609, que la única salvación estaba en la formación de un comité central de los territorios hereditarios *unidos*. Los elementos austriacos mas radicales acariciaban, sin embargo, planes mas trascendentales y deseaban aliarse con la Union alemana, con cuyo jefe, Cristian de Anhalt, estaban desde hacia tiempo en relaciones.

No hay que decir con cuánto placer acogió tales propósitos Cristian, en cuyos cálculos entraba desde la fundación de la Union, como hemos visto, la alianza con los protestantes de los territorios hereditarios de los Habsburgos; y tanta importancia daba á esa alianza que en una instrucción enviada á uno de sus embajadores en setiembre de 1608 decía textualmente: «Cuando estén á nuestro lado Hungría, Moravia, Austria y Silesia, la casa de Habsburgo no podrá oponernos mas fuerzas que las de Bohemia y Baviera y las de algunos obispos, enfrente de las cuales, humanamente hablando, no solo seríamos bastante fuertes para la resistencia, sino que también podríamos reformar el clero y someterlo á la religión (es decir, á la protestante); y entonces solo habríamos de temer á Italia... Los sucesos se desarrollarían del modo siguiente: en cuanto Baviera se apercebiera á atacar al Austria, en caso de que esta formara parte de la Union, nosotros nos dispondríamos á marchar sobre Baviera y á reconquistar á Donauworth, y por el mismo medio podríamos, costara lo que costase, apoderarnos de algunos obispados. En este caso solo habría de inquietarnos Italia, contra la cual deberíamos buscar el apoyo de Francia. De todos modos es evidente que, si procedemos con habilidad, podremos, con ayuda de Dios, imponer la ley á todos y nombrar soberanos á aquellos á quienes designáramos para tan elevados puestos.» Por estas manifestaciones se ve cuán vastas y trascendentales combinaciones enlazaba el de Anhalt con la posibilidad de que Austria entrara en la Union. De aquí que ya en el otoño de 1608, durante los disturbios de Horn en Austria, se dedicara activamente á abogar cerca del elector del Palatinado por una intervención en favor de aquellos protestantes y que en Wittingau de Rosenberg entablara negociaciones con los jefes del movimiento de los *Estados* de los territorios hereditarios, especialmente con Tschernembel, mientras que Zierotin, que no quería bajo ningún concepto agravar el conflicto de los *Estados* con Matías, se negó á acudir á la invitación que se le había dirigido para que fuera á Wittingau. El de Anhalt adquirió entonces el convencimiento de que á la Union le convenía en aquellos momentos apoyar á Rodolfo contra su hermano, porque había de ser mas fácil conservar la independencia y la libertad religiosa de los *Estados* protestantes enfrente del emperador que enfrente del poderoso y enérgico rey Matías, Sin

embargo, creyó necesario, como era natural, obtener seguridades suficientes de que Rodolfo no volvería a su política de los años anteriores y acarició la esperanza de que se conseguiría entregar el poder en todos los territorios austriacos a un comité de los Estados presidido por un gobernador. Los Estados austriacos, en efecto, parecieron durante algún tiempo dispuestos, en caso de que Matías no cediera, a reconocer de nuevo la soberanía de Rodolfo si este otorgaba las deseadas concesiones, y aun pensaron solicitar de los príncipes del Imperio que aceptaran la garantía del tratado que se firmase con Rodolfo. Este, como era de suponer, prohibió con entusiasmo estos planes y entabló formales negociaciones con Cristian de Anhalt. Parecía, pues, probable que de nuevo estallaría la lucha entre Rodolfo y Matías por la posesión de los territorios hereditarios.

Esto era lo que en modo alguno no quería el partido hispano-romano, pues esa lucha, fuera el que fuese el vencedor, no podía terminar sino con nuevas concesiones a los protestantes y había de ser un golpe funesto para la casa de Habsburgo. Por esto el partido hispano-romano trabajaba vigorosamente por reconciliar a Rodolfo con Matías. Estos esfuerzos no fueron, en un principio, muy bien acogidos por el emperador, en un principio, muy bien acogidos por el emperador, el cual envalentonado por sus relaciones con la Union y con los súbditos descontentos de su odiado hermano, se entregaba de nuevo a las más locas esperanzas: en cambio, Matías y Klesel, poco amigos de experiencias peligrosas de esta clase y partidarios de una política más sensata, estaban, en lo esencial, dispuestos a aceptar una tentativa de reconciliación y opinaban que el único camino para llegar a este objetivo con seguridades de éxito era reunir una asamblea de los miembros de la casa de Habsburgo que tomara bajo su garantía las estipulaciones que se pactaran, imposibilitando con ello a Rodolfo para volverse atrás de un tratado convenido. Era, pues, preciso conseguir que el emperador aprobara el pensamiento de reunir la asamblea que también el partido hispano-romano consideraba como el único medio de salvación que había de poner término a la incesante serie de complicaciones. Al principio, mientras las negociaciones con el de Anhalt ofrecían algunas probabilidades de éxito, parecía inútil toda tentativa para atraer al emperador a aquel camino; pero cuando aquellas negociaciones se fueron prolongando y cuando se hizo cada día más patente que la Union no estaba dispuesta sin más ni más a sacar al emperador, por medio de una guerra peligrosa, de la situación en extremo difícil en que él mismo se había colocado, Rodolfo acogióse nuevamente por espontáneo impulso a la idea de convocar un congreso de príncipes; pero a diferencia de Matías, que solo quería reunir a los archiduques de la casa de Habsburgo, el emperador deseaba llamar a Praga a todos los electores y príncipes amigos, confiando en su interior en que podría utilizar ese congreso en contra de su hermano. En este sentido dirigióse primero al elector de Colonia y le suplicó que se avistara con él en Praga; pero cuando el elector, defiriendo a esa invitación, se presentó en aquella capital en diciembre de 1609, encontróse con que el emperador había mudado nuevamente de parecer y se mostraba contrario a la reunión del congreso de príncipes. Vacilando como siempre de uno a otro extremo, Rodolfo volvía a creer que podría someter a su odiado hermano por la fuerza de las armas, y en esta confianza ordenó que se hicieran preparativos militares en Passau, diócesis del archiduque Leopoldo, cuyos consejos y planes parecía querer seguir definitivamente. El arzobispo de Colonia a duras penas pudo lograr que Rodolfo le concediera una audiencia en diciembre de 1610, y todos sus esfuerzos para convencer al emperador de la conveniencia del congreso de príncipes fueron inútiles: el sobe-

rano se encontraba de nuevo en uno de aquellos períodos de aparente actividad y al parecer trabajaba enérgicamente por llegar a un rompimiento con su hermano. Mas apenas hubo emprendido el arzobispo su viaje de regreso, cambió Rodolfo una vez más de modo de pensar y dirigió invitaciones al mismo elector de Colonia, a Maguncia, a Sajonia, a los archiduques Maximiliano y Fernando, al duque Maximiliano de Baviera y al landgrave de Hesse-Darmstadt, indicándoles los cuatro puntos que habían de ser objeto de las negociaciones, a saber: la cuestión de la sucesión, el arreglo con Matías, la cuestión de Donauworth y la contienda sobre la sucesión de Juliers. Es indudable que los príncipes a quienes las invitaciones habían sido dirigidas consideraron que el más importante de estos asuntos era el segundo, es decir, el arreglo con Matías. El más poderoso de aquellos, el jefe de la Liga, Maximiliano de Baviera, no queriendo mezclarse en esas cuestiones intestinas de la casa de Habsburgo, negóse a concurrir al congreso; en cuanto a los demás, a pesar de estar escarmentados con los continuos cambios de parecer del emperador, aceptaron la invitación y acudieron a Praga en 20 de abril de 1610. Posteriormente fué también invitado para que tomara parte en los debates el duque Enrique Julio de Brunswick, que casualmente se encontraba en aquella capital para un asunto particular de sus territorios y que en las negociaciones para llegar a una inteligencia con Matías desempeñó el papel principal, sacrificándose espontáneamente por la casa de Habsburgo.

Matías, que hubiera deseado que el congreso fuera solo de individuos de la casa de Habsburgo, esperaba muy poca cosa de una asamblea compuesta de los elementos que dejamos indicados, y por esta razón procuró en primer término ponerse a cubierto de cualquiera trama urdida contra él por su imperial hermano y colocarse en buen terreno respecto de sus súbditos austriacos, para lo cual en 3 de marzo de 1610 publicó e hizo cumplir la resolución del 19 de marzo de 1609 y otorgó a las ciudades la misma libertad religiosa de que disfrutaban los nobles.

El día 1.º de mayo fueron recibidos en solemne audiencia por Rodolfo los príncipes invitados al congreso, y la proposición que el emperador les enunció como base de sus debates referíase realmente en primer término a la reconciliación con Matías, bien que en ella manifestara francamente que de tal suceso esperaba la recuperación de los territorios que su hermano le había arrebatado. Los príncipes, en efecto, pusieron al principio al lado de Rodolfo y parecieron consentir en que los territorios perdidos volviesen a quedar sometidos a la soberanía de este, y habiéndose rogado a los archiduques Maximiliano y Fernando que dieran sobre ello su parecer, estos se negaron a presentar ninguna proposición de arreglo (8 de mayo). Entonces se pensó en invitar al propio Matías a que se presentara en Praga, pero este, poco dispuesto a comparecer personalmente, ofreció enviar en su lugar a sus embajadores siempre y cuando se le dieran garantías de que sus personas serían respetadas: la embajada, en efecto, llegó a aquella ciudad en 31 de mayo presidida por Carlos de Lichtenstein. Pero entretanto el emperador había por sí y ante sí invitado en 20 de mayo a los austriacos a que volviesen a ponerse bajo su soberanía: la indignación que esto produjo a los embajadores subió de punto cuando el congreso exigió formalmente la restitución de todos los territorios arrebatados, siendo así que Matías solo se brindaba a dar una «satisfacción personal.» Puestas las cosas en este terreno, las negociaciones no habían dado resultado alguno; así es que el elector de Colonia, el archiduque Fernando y el duque de Brandeburgo se ofrecieron a ir personalmente a Viena para entrar en tratos con Matías.

Llegados allí el día 3 de julio, encontraron en las esferas gubernamentales general indignación y grandísima desconfianza contra el emperador, aumentada por la noticia que entretanto se había recibido de los armamentos que para ir contra el Austria se estaban haciendo en Passau y que no se habían suspendido durante las negociaciones. La entrevista fué, pues, en extremo agitada y no tomó un carácter relativamente tranquilo hasta que los delegados del congreso de príncipes prescindieron de tratar de la exigencia referente a la restitución de los territorios, que en realidad era imposible de realizar, conviniéndose al fin en que Matías presentaría sus disculpas por su proceder y pagaría anual-

mente 50.000 florines y 2.000 moyos de vino al emperador, el cual, en cambio, se obligaría a influir en la dieta de Bohemia para que concediera un auxilio para los territorios del rey Matías mas inmediatamente amenazados por los turcos. El duque de Brunswick fué el encargado de poner en conocimiento de Rodolfo esos acuerdos; pero el emperador se negó resueltamente a aceptar tales condiciones insistiendo en reclamar el reconocimiento de su soberanía sobre los territorios hereditarios, el mando de las fortalezas fronterizas húngaras y otras pequeñas concesiones, exigencias a las cuales no podía acceder Matías si no quería jugarse la posibilidad del gobierno de sus territorios. El infatigable y abnegado duque



Alistamiento y armamento de soldados

Facsimile de un grabado inserto en el libro *Defensio patriæ* ó salvación del país. De Juan Jacobo de Wallhausen; Francfort en el Mein, 1621

de Brunswick hizo otros varios viajes de Viena a Praga para ver si podía lograr una solución conciliadora, pero cada vez aumentaban las dificultades: por un lado, cuantos más subterfugios inventaba Rodolfo, tanto mayor era la desconfianza de Matías hacia la nobleza y la sinceridad de las intenciones conciliadoras de su hermano, y por otro el emperador seguía vacilando aun durante aquellas negociaciones decisivas sin saber qué hacer y justificando con su misma perplejidad la suspicacia de Matías. Léjos de pensar en licenciar las tropas de Passau, mientras continuaban con su consentimiento las negociaciones con su hermano, poníase de nuevo en relaciones con la Union, es decir, con el Palatinado electoral, a cuyo elector enviaba proposiciones concretas que quién sabe si habrían terminado por una alianza formal si no hubiera acaecido precisamente en aquellos días (9 de setiembre de 1610) la muerte del palatino. Este accidente obligó a Rodolfo a procurar, de buena ó de mala gana, una aproximación a Matías, y la perseverancia del duque de Brunswick pudo en definitiva concertar con el emperador un proyecto de tratado que Matías podía aceptar y en virtud del cual este debía pedir perdón al emperador, por conducto de los archiduques Fernando y Maximiliano y del duque de Brunswick, y según una fórmula previamente convenida, reconocerle como soberano suyo, por lo que afecta-

ba a los territorios austriacos, como jefe de la casa de Austria y de toda la cristiandad. En cuanto a las demás condiciones de detalle, acerca de las cuales tanto se había discutido por ambas partes, las más de ellas quedaron suprimidas, renunciando, por ende, Rodolfo al pago de la pensión anual en dinero y en vino y Matías a todo subsidio para la guerra contra los turcos. La reconciliación no se hizo sino en términos generales, y la misma promesa de licenciar a las tropas de Passau no fué consignada por escrito y de una manera oficial y sí solo hecha de palabra por Rodolfo, el cual, como veremos, no tuvo después reparo en faltar a ella, a pesar de que Matías cumplió lealmente todo aquello a que por el tratado se obligara. De todos modos, parecía que en lo principal se había llegado a un arreglo: el día 9 de octubre de 1610, los archiduques Maximiliano y Fernando, pues del duque de Brunswick se prescindió por completo en aquel acto, presentaron a Rodolfo en nombre de Matías las disculpas convenidas, siendo recibidos en solemne audiencia por el emperador con la pompa y ceremonial que este había importado de España. Los archiduques quisieron arrodillarse para recibir las órdenes del emperador, mas éste no lo consintió en modo alguno porque ningún individuo de su familia debía inclinarse ante él la rodilla, y dándose por satisfecho con la intención manifestada dió

por formuladas las excusas. Maximiliano dió las gracias por esta amistosa atención y delante de él rasgó aquel tratado firmado por los archiduques en abril de 1606, que en tan alto grado había excitado entonces la cólera del emperador. Terminadas estas ceremonias, Rodolfo volvió á ser para los archiduques el hermano y el tío, conversó largo tiempo amistosa y alegremente con ellos de otros asuntos, y al despedirse los acompañó hasta la antecámara. Las formas habían sido completamente salvadas y aparentemente perfecta era la reconciliación entre Rodolfo y su hermano.

¿Podía decirse lo mismo en cuanto á la sinceridad y al fondo de esta reconciliación? El que, por lo que llevamos dicho, se haya formado claro concepto del carácter de Rodolfo, adivinará desde luego que este no tomaba en serio, ni mucho menos, la reconciliación con su hermano, que en realidad solo la necesidad le había obligado á aceptarla y que en su interior meditaba con calma la manera de combatir á su odiado hermano.

Así se patentizó en el mismo congreso de Praga, en donde, entre otras cosas, se discutió la cuestión de sucesión, viéndose desde luego que Rodolfo estaba tan poco dispuesto como antes á convenir en que su hermano Matías le sucediera en Bohemia y en el Imperio. Los príncipes le presentaron un memorial acerca de este particular, pero el emperador no sólo no les contestó, sino que por el contrario negoció separadamente con los electores, procurando inducirles á que aceptaran como sucesor en vez de su hermano Matías á su sobrino el archiduque Leopoldo, idea que fué bien acogida por los electores eclesiásticos poco afectos á Matías por las alianzas de este con los príncipes protestantes y por su rebelión armada contra el emperador. Aceptaron, pues, la candidatura de Leopoldo y poco después, en una asamblea reunida en Coblenza, firmaron un compromiso en toda regla, hecho lo cual el arzobispo Schweikhart de Maguncia marchó á Dresde y procuró ponerse de acuerdo con el elector de Sajonia respecto de aquella candidatura. En diciembre de 1610, los electores eclesiásticos pusieron en conocimiento del emperador el convenio que habían concertado y exigieron de él que otorgara la correspondiente posesión de territorios al futuro candidato. Díjose entonces que Rodolfo, contra lo que disponían los tratados de Liebener, quería nombrar á Leopoldo rey de Bohemia y además conde del Tirol y duque de Juliers, y efectivamente el emperador estaba más íntimamente que nunca unido á su sobrino, cuyos pensamientos y proyectos compartía por completo; pero el modo como intentaron llevar á cabo esos planes era tan absurdo y tan contraproducente que resultaron para Leopoldo, no ya problemáticas, sino para siempre irrealizables las esperanzas de suceder á Rodolfo en el Imperio que tan formalmente le habían hecho concebir los electores.

Recordarán nuestros lectores que en diciembre de 1609 el emperador ordenó que en la diócesis de Passau se hicieran aprestos militares á pretexto de que las tropas allí reclutadas debían ser utilizadas en Juliers cuando el caso llegara. Que estas fuerzas estaban en realidad destinadas á un ataque contra Matías y debían servir, según los vastos planes de Leopoldo, para la restauración de Rodolfo y del catolicismo en los territorios hereditarios, nadie podía ponerlo en duda aun cuando claramente no lo hubiese dicho aquel embajador Tennage á quien Leopoldo envió á España en 1609. Ya hemos visto cómo en las negociaciones de 1610 aquellos aprestos de Passau continuados sin interrupción contribuyeron poderosamente á mantener la desconfianza de Matías hacia Rodolfo, y necesariamente había de suceder que los austriacos y los moravos se prepararan á su vez á defenderse

contra una sorpresa por parte de las tropas de Passau que, al mando de los condes de Althan y Sulz, de Trauendorf y Ramé, á quienes el emperador había conferido plenos poderes para aquellos armamentos, pronto alcanzaron la cifra de 12.000 hombres. Después del tratado firmado con Matías, el emperador hizo con aquellas tropas un doble juego artero é indigno: Rodolfo se había obligado por escrito á licenciarlas en el plazo de un mes é igual compromiso contrajo su hermano, quien lo cumplió lealmente. Todo el mundo creía que el emperador haría lo propio, y en esta creencia el duque Maximiliano de Baviera suplicó al emperador que cediera aquellas fuerzas á la Liga, que entonces precisamente se preparaba para ponerse, si era preciso, en frente de la Unión, en la guerra de sucesión de Juliers. Pero su súplica fué desatendida. Rodolfo, que estaba ya decidido á conservar aquellas tropas á pesar de todas sus promesas, se afirmó en su resolución cuando el archiduque Leopoldo, después de haber tenido que abandonar la plaza de Juliers, llegó á Praga y ejerció nuevamente sobre aquel su decisiva influencia, procurando con toda energía inducirle á poner en ejecución sus aventurados planes que sólo podían realizarse mediante una guerra con Matías. Leopoldo intentó ante todo asegurarse la ayuda de España y del duque de Baviera, pero ambos rechazaron sus peticiones. La corte española, que con tanta reserva acogió en 1609, según hemos visto, las extravagantes proposiciones del archiduque, estaba aun menos dispuesta entonces, cuando á costa de tantos esfuerzos se había logrado una reconciliación entre Rodolfo y Matías, á poner nuevamente en tela de juicio lo que se había conseguido aventurándolo todo en una empresa que por lo menos merecía el calificativo de temeraria: así es que encargó á su embajador Zúñiga que amonestara seriamente á Leopoldo y que trabajara resueltamente para hacer fracasar sus planes. Por su parte el duque Maximiliano de Baviera no abandonó su actitud reservada. A pesar de todo, Rodolfo y Leopoldo persistieron en seguir el funesto camino que habían emprendido: el primero contestaba á las excitaciones que de todos lados se le dirigían para que licenciara sus tropas, diciendo que carecía de recursos para pagarlas, pretexto engañoso que ha sido creído hasta hace muy poco, hasta el punto de que en historias recientes ha prevalecido la opinión de que la invasión de las tropas de Passau en Austria y en Bohemia había sido consecuencia de una sublevación militar no imputable al emperador. Pero en realidad, ateniéndonos á los más recientes estudios históricos, no podemos dudar de que, lejos de ser esto así, toda aquella empresa fué perfectamente meditada y realizada con singular perfidia. Los sueldos que se debían importaban 400.000 florines y el emperador, como está demostrado, disponía de 300.000. Además de esto, el duque de Brunswick, que había reanudado sus gestiones mediadoras y á quien el emperador y Leopoldo habían engañado ignominiosamente, proporcionó 148.000 florines en dinero y 312.000 en libramientos que había podido obtener en sus negociaciones cerca de varios particulares, de suerte que Rodolfo contaba con medios suficientes para satisfacer aquellos atrasos. El duque Enrique Julio, que de buena fe, después de haber liquidado aquellas sumas, se encargó de negociar con las tropas acerca de su licenciamiento, recibió orden del emperador de marchar á Passau y obtuvo además de él la promesa de que se le enviarían no solo plenos poderes, sino también al tesorero con los fondos necesarios. El día 13 de noviembre llegó el duque á Passau, donde encontró al archiduque Leopoldo, el cual mientras Enrique Julio llegaba había conferenciado á espaldas suyas con los jefes de las tropas y convenido con ellos los últimos detalles de la invasión en Austria y en Bohemia.

El duque Enrique Julio convino con aquel ejército que el día 20 de noviembre lo revistaría, y confiando en las seguridades que le diera el emperador, prometiéndole que para aquel día le serían pagados todos los atrasos. La fecha señalada aproximábase y el tesorero del emperador no parecía: el duque no sabía qué hacer y su perplejidad subió de punto cuando el archiduque Leopoldo, acompañado de los oficiales superiores, regresó á Praga dejándolo solo con las tropas, entre las cuales ocupaba entonces el primer puesto el coronel Ramé, confidente de Leopoldo y conocedor de todos sus planes. En tan crítica situación dirigióse al duque de Baviera, el cual le contestó muy acertadamente que el emperador, á pretexto de licenciar las tropas de Passau, lo que quería era reunir dinero para luego consagrarse á la realización de sus proyectos. En vano el duque Enrique protestó contra esta conducta del emperador y de su Consejo áulico de la guerra; al fin hubo de decidirse á revistar las tropas sin pagarlas lo que se las debía, hallándolas dispuestas á aceptar sus ofrecimientos de que el 6 de diciembre se les entregaría una cantidad á cuenta. Enrique Julio seguía esperando la llegada del tesorero imperial; pero este no se presentó, á pesar de que en 25 de noviembre tenía ya en su poder 125.000 thalers en metálico y 230.000 en pagarés. En presencia de estos datos no puede dudarse de que el emperador engañaba miserablemente á su bondadoso mediador, y en realidad lo que se proponía, de acuerdo con el archiduque Leopoldo, era trasladar las tropas á Krumau (Bohemia), convocar allí una dieta, revocar la carta de majestad é inutilizar á los caudillos de los protestantes sometiéndolos á procesos por alta traición. Zúñiga intentó una vez más disuadir de sus proyectos al archiduque, que era quien mandaba en el Consejo áulico de la guerra y en el Consejo secreto; pero sus esfuerzos fueron vanos. Aquel indigno doble juego continuó hasta el fin, siendo víctima de él el cándido duque de Brunswick. Este, engañado acerca de las verdaderas intenciones de la corte de Passau, hizo cuanto pudo por tener contentas á las tropas con promesas de pago, pero Althan y Ramé le manifestaron que no podían aceptarlas y que lo único que debía ofrecérselas era dinero ó la traslación de los cuarteles, pues el territorio de Passau estaba ya completamente agotado. Los jefes de aquel ejército supieron arreglarse de manera que el mismo duque, siempre confiado en que conseguiría que la corte de Praga pagara los atrasos con las cantidades de que disponía, dió la orden de cambiar de cuarteles si dentro de diez días no llegaban las pagas prometidas. Para conseguir esto último marchó personalmente á Praga en 9 de diciembre de 1610; y para que á la sátira no le faltara el complemento de la tragedia, los miembros de los Estados bohemios, que habían dado al duque de Brunswick el dinero para pagar á las tropas, exigieronle entonces la devolución de las cantidades facilitadas, fundándose en que estas no habían sido aplicadas al objeto para el cual se dieran.

Un hecho demuestra más claramente que todo cuán equivocados andan los que se empeñan en considerar aquella empresa como consecuencia de una sublevación de las tropas no imputable á Rodolfo; y este hecho es que el ejército esperó aun tres días más de los que el duque había exigido, y cuando en 21 de diciembre de 1610 abandonó sus cuarteles bajo la dirección de sus oficiales no lo hizo amotinándose, sino invocando el permiso condicional que el mismo duque les había concedido.

Ramé no se encaminó directamente á Bohemia, sino á Austria, en donde contaba ser apoyado por la población descontenta del gobierno de Matías; pero esa marcha sobre el territorio austriaco era una violación manifiesta de la paz con Matías firmada, y un consejero del mismo Leopoldo confesó

sin reparos al duque Maximiliano de Baviera que se trataba de atacar al hermano del emperador. Las quimeras astrológicas de Rodolfo tuvieron no poca parte en estas funestas resoluciones: sus astrólogos le habían profetizado que Matías sería derrotado en la próxima guerra, predicción que les valió ricos presentes del soberano. Pero ¡cuán distintos fueron los resultados de lo que esperaban y deseaban el emperador y su corte! Los territorios austriacos estaban al principio indefensos y por ende abiertos al ataque de las tropas de Passau, pues Matías había licenciado el ejército que había reclutado. Ramé permitió que sus tropas incendiaran y saquearan cuanto quisieron y cometieran los más execrables excesos que han hecho del nombre de aquel ejército un nombre eternamente maldito. Hasta nosotros han llegado descripciones que horripilan y de cuya autenticidad no puede dudarse, en las cuales se narra cómo aquella inhumana soldadesca, después de haber saqueado las poblaciones, cogieron á sus habitantes y, desnudos en pleno y riguroso invierno, los acorralaron en los bosques, en donde centenares de ellos perecieron de horrorosa muerte. Khevenhiller estima en más de dos millones de florines los daños causados en Austria por las tropas de Passau, que fueron terribles chispazos, preludio de la guerra de treinta años. Sin embargo, Ramé no pudo conseguir nada de lo que se proponía ni desde el punto de vista estratégico ni desde el táctico, y si con su empresa creyó que una parte de la población y la aristocracia protestante se alzarían contra Matías, equivocóse por completo, puesto que solo hostilidad encontró en aquellas poblaciones indignadas por la invasión y por las depredaciones espantosas de que eran víctimas. Por otra parte, Matías, energicamente apoyado por sus Estados, logró en muy poco tiempo poner en pie de guerra un nuevo ejército. Ramé comprendió á las pocas semanas que le sería imposible sostenerse en Austria, y ya en 26 de enero de 1611 notificó á Rosenberg su propósito de dirigirse á Bohemia y solicitó de él y de los Estados bohemios que le acogieran amistosamente á fin de no tener que presentarse en su país como enemigo. A esta petición contestaron naturalmente los Estados bohemios con grandes preparativos militares, obligando al emperador á convocar una dieta en la cual se manifestó desde luego la mayor hostilidad á la invasión de las tropas de Passau.

Rodolfo se encontró en una situación sumamente difícil y desde luego insostenible, pues como hasta entonces había intentado hacer creer que la invasión del ejército de Passau en Austria y en Bohemia se había realizado contra su voluntad y solo se debía á una sublevación de las tropas, no podía oponerse á los armamentos que sus leales Estados bohemios le proponían para rechazar á los invasores; así es que hubo de sancionar él mismo los acuerdos que se tomaron contra las tropas de que había querido servirse como instrumento contra su hermano. En 1608 reconoció demasiado tarde el peligro que le amenazaba y autorizó al duque de Brunswick, que de nuevo se encargó del papel de mediador, para que fuera á Viena y apaciguara á Matías, haciéndole ver que aquella empresa se había llevado á cabo contra su voluntad. Pero Matías, que harto sabía ya á qué atenerse respecto de la sinceridad de su hermano, rechazó energicamente toda intervención conciliadora, apresuró sus aprestos bélicos y se unió á los Estados bohemios para impedir toda ulterior violación de los tratados vigentes, pudiendo desde entonces considerarse como completamente fracasada la temeraria empresa de Rodolfo y Leopoldo.

Las tropas de Passau, en tanto, siguieron avanzando: dueñas por sorpresa de Budweis y de Tabor, que cayeron en su poder en 1.º y 4 de febrero respectivamente, continuaron su marcha sin detenerse y se aproximaron á la capital de Bohe-